

## XXVI. LAS CUATRO CAUSAS: MATERIAL Y FORMAL, EFICIENTE Y FINAL

Un gurú de los negocios, imitado por algunos políticos, ha cifrado su éxito en este descubrimiento: que el fundador de Apple, los hermanos Wright y Martin Luther King tenían *algo en común*. Los simples mortales, cuando intentan explicar el éxito de estos líderes, se fijan primero en qué es lo que ellos hacen; después, analizan el cómo, y, finalmente, el porqué. En cambio, estos líderes tienen en común que ponen por delante de todo el *porqué*, y sólo de manera secundaria el *cómo*, y, por último, deciden el *qué*. Los hermanos Wright se cayeron veinte veces hasta que al final lograron volar. Martin Luther King entusiasmó a más de doscientas cincuenta mil personas con su “¡yo tengo un sueño!”, mucho antes de tener un plan concreto o un producto que ofrecer. El ejemplo de Steve Jobs y Apple también es interesante. Hay cientos de empresas que hacen computadores. Es sabido que los de Apple tienen un diseño y una belleza especial, y eso los hace muy atractivos; pero sus diseños son copiados cada día con mayor velocidad. Su propuesta es, en cambio, la de un porqué: quieren cambiar el modo como se hacen las cosas en el mundo entero. Su eslogan es “¡Piensa de modo diferente!”. Atraen a millones de personas que quieren *pensar de modo diferente*; a quienes les gusta esa estética y, al final, usan estos computadores que no llegan a ser tan distintos a los de otras marcas.

Detrás de la tesis de Simon Sinek subyace una convicción antigua: que el *porqué* de las cosas las explica más y mejor que únicamente el *qué* hay que hacer o el *cómo* hay que hacerlo.<sup>304</sup> Curiosamente, algunos se atreven a rechazar a Aristóteles hasta que descubren que es el secreto del éxito. ¡Enriquezcanse: lean a Aristóteles! La cantidad de personas que redescubren ahora a Aristóteles es gigantesca. Aristóteles, al explicar el movimiento y el ser, llega hasta las causas. Conocer la verdad no es sólo conocer la superficie

---

<sup>304</sup> Cfr. Sinek, Simon, *Start with Why: How Great Leaders Inspire Everyone to Take Action*, Nueva York, Penguin, 2009.

de las cosas, como hace el que siente o el que acumula experiencia, sino ir a las causas. Por eso, el que conoce las causas sabe más que el que sólo posee la experiencia y la técnica. La profundización en las causas llevó a Aristóteles, primero, a explicar de un modo más claro el principio de causalidad mismo, y, después, a distinguir cuatro tipos de causas: material y formal, eficiente y final, entre las cuales la más importante es la causa final.

El principio de causalidad se capta, como un aspecto clave de la realidad, cuando se descubre que todo lo que cambia o lo que comienza a ser depende de algo anterior que lo mueve a cambiar o que hace que comience a ser. Ese *algo anterior* es lo que se llama *causa*. Causa es aquello de lo cual una cosa depende en su ser o en su ser hecho o en su hacerse; el principio de causalidad afirma que todo lo que comienza a ser o cambia exige una causa, es decir, que todo cuanto pasa de ser en potencia a ser en acto es movido por otro ente que ya está en acto. “La causa podría definirse como *aquello que real y positivamente influye en una cosa, haciéndola depender de algún modo de sí*”.<sup>305</sup> Otra definición escolástica, equivalente en su contenido esencial, es la que recoge Widow cuando define causa como “principio real positivo del cual algo procede con dependencia en el ser”.<sup>306</sup>

El principio de causalidad es completamente universal: si algo ha comenzado a existir —una sustancia en su totalidad o cualquier accidente en ella—, eso significa que ha habido un cambio, un movimiento de potencia a acto, lo cual exige un ser en acto que actualice esa potencia, y a eso lo llamamos causa.

Esto no significa que el concepto de ser implique el de causa, *i.e.*, que todo lo que existe haya de tener una causa. Por el contrario, si todo lo que empieza a ser exige algo anterior, que ya sea, quiere decir que si, a su vez, eso anterior no ha existido siempre, antes de ser tiene que existir otra cosa que ya sea, y así sucesivamente. Si decimos que, en algún momento, no hay nada, entonces lo que primero ha comenzado a existir habría existido sin ninguna causa, y eso es imposible: de la nada, nada sale. Por lo tanto, el punto de llegada de esta serie no puede ser la nada, sino que debe ser un algo anterior a todo ser y que no tenga causa. Si no tiene causa, de acuerdo con el principio de causalidad debe ser un ser que jamás ha comenzado a existir, es decir, que ha existido siempre sin causa. Esa es la noción clásica de Dios. Por eso, aunque Aristóteles creía que había varios motores inmó-

<sup>305</sup> Alvira, Clavell y Melendo, *Metafísica*, *op. cit.*, p. 207.

<sup>306</sup> Widow, *Curso de metafísica*, *op. cit.*, p. 145.

viles que tenían algo de divino,<sup>307</sup> pensaba que había un solo Primer Motor Inmóvil, que es causa universal del movimiento de todos los demás seres. No nos vamos a detener todavía en este tema,<sup>308</sup> sino que trataremos de comprender la causalidad.

Aristóteles se da cuenta de que aquí también tiene que aplicar la analogía y decir que unas cosas *influyen* en otras, unas cosas hacen a otras, unos elementos constituyen el ser de la cosa, y, por lo tanto, son causa de ella; pero no de la misma manera, sino según una analogía. En efecto, son cuatro los tipos de causas: dos de ellas son constitutivas o causas intrínsecas de las cosas materiales, y otras dos son causas extrínsecas o seres distintos que influyen en la cosa misma que se intenta explicar.

Cuando hablamos de causa sin más, entendemos sobre todo la causa eficiente, es decir, el agente que realiza una acción que produce un efecto exterior: hace que algo pase de la potencia al acto. “La causa eficiente o agente es el *principio del que fluye primariamente cualquier acción que hace que algo sea, o que sea de algún modo*”.<sup>309</sup> Aristóteles la definió como “aquello de lo que primariamente procede el movimiento”.<sup>310</sup> Pensemos, otra vez, en una estatua. Si nos preguntamos: ¿cuál es la causa de la estatua?, respondemos indicando al agente, a quien la ha esculpido; por ejemplo, Miguel Ángel. La causa eficiente actúa sobre una materia, *v.gr.*, el mármol, que por eso se llama causa material. Actuando sobre el mármol, y sacando de él todo lo que sobra, Miguel Ángel le da una forma a esa materia, que por eso se denomina causa formal. La causa material y la causa formal son causas intrínsecas de la cosa. Se pueden llamar causas porque contribuyen al ser de la cosa, y, por eso, cuando las conocemos nos explican lo que la cosa es. Sabemos más sobre una estatua cuando reconocemos su forma y su materia. Así, por ejemplo, alguien puede ver una estatua y no saber de quién es (*i.e.*, a qué personaje representa) o de qué está hecha. Si le decimos, por ejemplo, que es la estatua de Juan Pablo II y está hecha de hierro, esa persona ya sabe más que antes, igual que si decimos que la *Pietà* es una estatua de la Virgen María con su hijo muerto, en sus brazos, esculpida en mármol. Esto lo podemos conocer sin saber quién la hizo; pero sabemos que alguien la hizo, y, si descubrimos quién la hizo, sabemos más sobre la cosa. De vez en cuando aparecen cuadros antiguos que se parecen tanto en el estilo a los de Rembrandt,

<sup>307</sup> Cfr. *Met.*, XII, 8, 1074a15 y ss.

<sup>308</sup> Cfr. *infra* cap. XXXVIII.

<sup>309</sup> Alvira, Clavell y Melendo, *Metafísica*, *cit.*, p. 223.

<sup>310</sup> Millán Puelles, *Fundamentos de filosofía*, *cit.*, p. 520.

por ejemplo, o a los de Leonardo da Vinci, que se pregunta la gente si los habrán pintado Rembrandt o Leonardo. Millones de dólares dependen de la respuesta. Los expertos examinan las huellas que han quedado en la causa material y en la causa formal, es decir, en la tela pintada, para percibir las semejanzas que pueden quedar del agente. Todo agente deja una semejanza de sí en el efecto: su estilo, su impronta, el paso de su ser. El agente o causa eficiente es una causa externa al efecto; es exterior, pero deja su huella: todo agente obra algo semejante a sí mismo (*Omne agens agit simile sibi*).

Lo primero que se nos viene a la cabeza cuando buscamos explicaciones causales es la causa eficiente, el agente del cambio, es decir, que unos seres hacen a otros o modifican a otros. Aristóteles tuvo una genialidad al darse cuenta de que el agente, a su vez, es movido por algo: obra porque hay una causa de que él obre. Sin embargo, no se trata sólo de otra causa eficiente anterior, es decir, la causa eficiente del agente mismo, sino una causa de que él obre que lo mueve atrayéndolo: el propósito que tiene, el fin. Lo que Simon Sinek, nuestro gurú de los negocios, descubrió: el porqué. Esta es la causa final, que se define como aquello por lo cual algo se hace o algo es (definición desde el punto de vista del efecto) o aquello por o para lo cual el agente hace algo (definición desde el punto de vista del agente).<sup>311</sup> Tal es la causa más explicativa. El fin explica más y mejor que la materia y la forma. Es más explicativo incluso que el agente, porque el fin es lo que mueve al agente: explica que la causa eficiente exista como causa. De ahí que se llame a la causa final la *causa de las causas*. La causa final es *causa causarum*, porque si no ejerciera esa atracción, que es su modo de causar su efecto sobre la causa eficiente, el agente no se movería y no se produciría el efecto final de la acción del agente, *v.gr.*, la estatua. Esto tiene una importancia práctica muy grande tanto para las ciencias como para la ética.

En la filosofía moderna, David Hume consideró que la llamada relación de causalidad no es real.<sup>312</sup> Otros autores pensaron que las únicas causas explicativas —sean reales o supuestas— son las causas eficientes. Así pudo arribarse a la idea de que la causalidad es una categoría mental —según Kant, no una realidad en sí, sino una categoría del juicio para relacionar

---

<sup>311</sup> Cfr. Millán Puelles, *Fundamentos de filosofía*, cit., pp. 525-528, y Alvira et al., *Metafísica*, cit., pp. 241-252.

<sup>312</sup> Cfr. *IEH*. s. VII, p. I, n. 6. Cfr. Fernández, José Luis y Soto, María Jesús, *Historia de la filosofía moderna*, Pamplona, Eunsa, 2004, pp. 204-206, y Reale y Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, cit., t. II, pp. 477-479.

los fenómenos—,<sup>313</sup> algo que la mente proyecta. Y también se ha asistido a la desaparición, en algunos ambientes filosóficos, de la causa final. Algunos científicos creen que hay sólo causas eficientes, influidos por este reduccionismo filosófico antiteleológico. Sin embargo, salvo que lean exceso de filosofía moderna —un peligro remoto—, siguen creyendo que las causas eficientes y los objetos de su estudio son cosas reales. Por otra parte, en cuestiones que sean distintas de la física o del choque de partículas, especialmente en la biología, para no mencionar las ciencias humanas, empiezan a darse cuenta de que cada vez más necesitan preguntarse por el fin. En efecto, hay un componente teleológico en el funcionamiento de la naturaleza.<sup>314</sup> Por ejemplo, pensemos en la embriología. En el proceso de reproducción, los espermatozoides navegan hasta el óvulo en una carrera que puede describirse externamente en términos causales. Uno podría describir el proceso y decir, por ejemplo, que el acto sexual es la causa eficiente de la deposición del semen en la hembra, y luego que cada espermatozoide se impulsa hacia donde está el óvulo. Es muy difícil darse cuenta, al parecer, de que tiene una causa final, es decir, que éste es el mecanismo de la naturaleza para la reproducción, la propagación de las especies biológicas. Cuando un espermatozoo penetra en el óvulo se desencadena de manera inmediata un proceso eléctrico de impermeabilización del óvulo, una especie de descarga que hace impenetrable la pared externa del óvulo, de modo que cualquier otro espermatozoo que llegue rebota. Alguien podría decir que hay una relación de causa eficiente: el espermatozoo entra, produce una reacción electroquímica, la cual blinda el óvulo, y eso causa que los demás reboten. Al parecer, es muy difícil ver el sentido finalístico o teleológico del proceso. Sin embargo, esto es lo que permite que se produzca la unión de los gametos y no un enredo de tres. Hay una causalidad eficiente, por supuesto, pero con una finalidad. El mundo biológico está lleno de finalidades, y para qué decir el mundo humano. No basta con explicar qué son las cosas, qué hacemos nosotros: nos levantamos, nos duchamos, desayunamos, trabajamos, nos divertimos, dormimos. Hay causas eficientes en todos estos procesos: mi mano enciende la luz, el agua me moja, el café me despierta. No obstante, ¿quién soy yo? ¿Un tipo que es movido por causas externas y que a su vez causa efectos fuera de sí? De ninguna manera. La causalidad eficiente es la menos explicativa de la vida humana. Nuestros fines, nuestros motivos, explican

<sup>313</sup> Cfr. *KrV*, A90/B122. Cfr. Fernández y Soto, *Historia de la filosofía moderna*, cit., pp. 256 y 257.

<sup>314</sup> Cfr. Artigas, *Filosofía de la naturaleza*, cit., p. 49.

nuestras causalidades eficientes y le dan sentido a la vida como un todo. Por eso, la pérdida de la primacía de la causa final (*causa causarum*, reiteramos), o su completa reducción a lo subjetivo, ha tenido profundas consecuencias antropológicas y éticas.

Tales son, pues, las famosas cuatro causas de Aristóteles. Las causas pueden subordinarse unas a otras, o distinguirse dentro de estos tipos básicos. Así cabe hablar de materia prima y materia segunda; de forma sustancial y forma accidental; de causa eficiente primera (*i.e.*, Dios) y causas segundas, o de causa eficiente primera en una serie y causas subordinadas, y de fin principal y fin secundario, de fin próximo y fin remoto, de fines intermedios y fin último, etcétera.

Una distinción interesante es la que se da entre la causa eficiente principal o agente principal y la causa eficiente instrumental o agente instrumental. La causa eficiente principal “es aquella causa que actúa por virtud propia, de tal modo que el efecto es suyo en propiedad; así, el escultor es causa principal de la estatua, la cual es efecto suyo”.<sup>315</sup> Por su parte, la causa eficiente instrumental “es la que actúa no por virtud propia, sino por virtud que le comunica la causa principal”.<sup>316</sup> Muchas veces el agente principal usa un instrumento, usa algo que también actúa sobre la cosa, y actúa sobre la cosa porque tiene una capacidad especial, propia suya pero subordinada a la virtud del agente principal. Por ejemplo, el martillo y el cincel pueden romper el mármol. En cambio, Miguel Ángel, con su propia sustancia — con sus puños y dientes—, no puede hacerlo. Por lo tanto, está claro que la causa eficiente instrumental actúa sobre el mármol y que la causa eficiente principal no habría podido hacerlo sin ese instrumento. De todos modos, la causa principal, que induce esa forma en el mármol, no es el cincel y el martillo, sino Miguel Ángel. Lo curioso es que, cuando hay dos causas agentes así subordinadas, una principal y otra instrumental, cada una de las dos es totalmente causa de todo el efecto. No hay ninguna parte de la escultura que no sea causada en su totalidad por Miguel Ángel y en su totalidad por el martillo y el cincel, sólo que cada causa actúa a su modo: una como instrumento y la otra como agente principal. En efecto, “la causa instrumental complementa a la principal, prolongando o completando de alguna manera su capacidad”,<sup>317</sup> pero las dos constituyen una sola causa de cara al efecto.<sup>318</sup>

---

<sup>315</sup> Widow, *Curso de metafísica*, *cit.*, p. 149.

<sup>316</sup> *Idem.*

<sup>317</sup> *Idem.*

<sup>318</sup> *Cf. idem.*

Así, el cincel en manos del escultor no es propiamente otra causa, pues unido a la causa principal ésta produce su efecto. Se puede observar que la causa instrumental, en cuanto tal, tiene una virtud propia, como el cortar es propio del cuchillo, pero el ejercicio de su causalidad sólo se da en cuanto unida a la causa principal.<sup>319</sup>

Las dos causas operan sobre su efecto como una sola y cada una es causa a su modo de la totalidad del efecto. Piénsese en un cuadro, en la famosa *Mona Lisa* de Leonardo da Vinci. No hay ningún rincón del cuadro que no esté pintado con un pincel y no hay ningún rincón del cuadro que no esté pintado por Leonardo. Sin embargo, hay una causa principal y otra causa instrumental, subordinada totalmente a la principal, de modo que el efecto procede realmente, como es natural, también de esa causa instrumental. Las dos dejan su huella, es decir, uno podría analizar el grosor de los pinceles que usó Leonardo, y reconocería la huella de los pinceles; pero la huella principal es la figura, el estilo, la belleza, que transitan del alma de Leonardo a la tela de la *Mona Lisa*.

Y desde ahí a nuestras almas, cuando contemplamos la obra maestra.

---

<sup>319</sup> *Idem.*